



MI QUERIDÍSIMA MARTA

Ángeles Díaz

MI QUERIDÍSIMA MARTA



Primera edición: febrero 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángeles Díaz

ISBN: 978-84-19595-80-5

ISBN digital: 978-84-19595-81-2

Depósito legal: M-3988-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Adolfo, mi amor,
con quien juego cada día
a atrapar sueños escondidos*

I

Todo es irreal.

En cualquier momento, sonará a mis espaldas «¡Corten!» y descubriré que estoy en medio de un plató.

Este hombre enjuto y de una palidez antigua que tengo ante mí lee con solemnidad un documento que momentos antes ha sacado de su sobre usando un abrecartas labrado. Mientras tanto, mis ojos deambulan por su despacho y recorre los ocho diplomas que cuelgan de las paredes y en los que se repite incesantemente el nombre del galardonado, Sr. D. Anselmo García-Pajín de la Vega.

Un ambientador barato, que pretende camuflarse entre los libros de la estantería sin conseguirlo, expele una leve fragancia a magnolia, demasiado dulce para mi gusto.

No sé quién habrá decorado esta estancia, pero es el producto de una profunda confusión estética, ya que la mezcla de piezas clásicas con contemporáneas desemboca en un batiburrillo de muebles nada atractivo.

En este escenario más absurdo que formal, el Sr. García-Pajín de la Vega sigue practicando su soniquete anodino contra mis oídos y yo me pregunto, riéndome para mis adentros, si «de la Vega» es su segundo apellido o es «la segunda parte de la parte contratante del primero». Ni siquiera su vocabulario sobrecargado consigue mostrarlo como el hombre culto que seguramente es, y ese pelo engominado, que parece ocultar una leve falta de higiene, me recuerda a algún personaje maquiavélico de cuento infantil.

En estas elucubraciones anda mi mente cuando él se empeña en introducir entre mis delirios frases sueltas sobre su «papel como

albacea testamentario», «un cumplimiento estricto de los deseos formulados por la Sra. D.^a Carmen Sarmiento Morán, viuda del Sr. D. Santiago Verdún Blanco», «unos meses antes de su reciente defunción (que Dios tenga en su gloria)» o «...en fecha de 2019, día ocho de septiembre, a las 12:25 del mediodía, se firmó este documento ante el Sr. D. Antonio De Segura Aguilera —seguramente sin guion—, ilustre notario de la ciudad condal de Barcelona, teniendo como testigo al (aquí presente) Sr. D. Anselmo García-Pajín de la Vega».

Esta última frase cargada de datos, señoras y *señoresdon* casi provoca que una carcajada maleducada salpique la macilenta cara de boñiga que me habla, por lo que, conteniendo la risa, desvío la mirada. Entonces me choco con el ridículo peinado de su secretaria, que luce una sonrisa bobalicona de deleite ante la demostración de profesionalidad de su jefe, y es inevitable que salga un estertor de mis adentros que disimulo tosiendo.

El Sr. García-Pajín de la Vega por fin termina su lectura y, tras anunciarme que toda la documentación legal llegará a mi domicilio en el momento pertinente, pasa directamente a la fórmula de despedida, introduce los documentos de nuevo en su sobre, me lo extiende, me invita a seguirle hacia la puerta y, sin darme un respiro, me deja frente al ascensor después de pulsar el botón de llamada.

Como digo, todo parece irreal, y mientras el estrecho cajón restaurado y crujiente baja seis pisos, miro mis pies y calculo los años que deben tener ese abogado y su secretaria para, acto seguido, imaginármelos en una escena íntima en la que terminan ambos llenos de gomina y el peinado de ella deja de ser ridículo para dejar de ser peinado. Entonces, a la altura del segundo descansillo, estallo en una risa convulsiva que el portero del edificio de la calle Balmes de Barcelona acompaña con la mirada por todo el *ball*.

Una vez en la acera, me apresuro a sacar el móvil del bolso y llamar, por este orden, a mi hijo (que no contesta, como ya me esperaba) y a mi mejor amiga. Por fin me siento libre para reír a carcajadas y pronunciar el titular del día:

—¡Eli, he heredado una casa! —pongo cuidado en la pronunciación de cada sílaba porque necesito verbalizar el acontecimiento para empezar a comprender.

Al momento, me doy cuenta de que la frase ha salido en un grito por culpa de mi risa y el ruido del tráfico, y que una señora que espera el autobús me mira con una curiosidad muy descarada, casi sacando los ojos de órbita (seguro que le he dado algo succulento que contarle a su marido esta noche). Mientras hablo con Eli, ambas excitadas, miro un par de veces a la señora de reojo y al final comprendo que su expresión no es fruto de mi primicia, sino algo natural de su cara, ya que mantiene el mismo rictus observando el infinito de la calle, pobre mujer.

Eli comienza a hacerme unas preguntas que no sé contestar de momento, detalles que no le puedo dar antes de conocer una propiedad de la que nunca había oído ni hablar. Desde el instante en que recibí la llamada telefónica desde el despacho del rimbombante Sr. García-Pajín de la Vega, el mismo letrado que días antes había citado a mi hijo, no he hecho otra cosa que elucubrar sobre el asunto. Ahora sé «el qué» de tanto misterio, pero, aun así, tengo más dudas que respuestas. Al final, ante la emoción de mi amiga (superior, si cabe, a la mía), convenimos en cenar en nuestro restaurante favorito para desmenuzar con calma todo este entuerto.

Al colgar, me invade una sensación de novedad parecida a la que experimenté cuando supe que estaba embarazada de Pablo. Es como si mi existencia estuviera a punto de dar un vuelco, si no lo ha hecho ya, cosa que, por otra parte, sería de agradecer. Pero, sobre todo, me siguen acosando muchas preguntas. Las más importantes: ¿Por qué a mí? ¿Y mi hijo? ¿Acaso no es él el verdadero y legítimo heredero de las propiedades de su abuela? ¿Y sus sobrinos? ¿No pintan nada en todo esto?

Intento volver a las palabras de don Anselmo y creo recordar que ha mencionado que, aparte del dinero, el piso de Barcelona y las joyas, que han sido atribuidos a Pablo, su único nieto, había una cantidad de euros destinada a otros familiares, bla, bla, bla. Me

quedo más tranquila al pensar que, al menos, ha surtido a todos los demás con lo máspreciado, el dinero, y que a mí me ha dejado solo el «marrón de la casa del pueblo». Conociendo a mi exsuegra, seguro que algo trama contra mí, incluso desde la tumba.

A la altura de la plaza Molina, mi primera intención es la de entrar en la boca de metro más cercana, pero rectifico y sigo el paseo hasta la plaza Cataluña. Voy pensando que, como tengo el día libre, podría acercarme a ver la casa ahora mismo, así que buscaré el horario del primer tren que salga para... ¿dónde?

Me paro en seco, tanto que un señor tiene que esquivarme y me roza levemente el hombro, uy, perdone. Saco el sobre que me dio el abogado, lo abro con nerviosismo, observo las llaves que caen al suelo y, antes de agacharme, tiro de los papeles que hay en el interior. Ahí está: el nombre de un lugar que no he oído en mi vida junto a la dirección «Plaza del Ayuntamiento 8».

Recojo el llavero del suelo y, carcomida por la curiosidad, abro inmediatamente la aplicación de Google Maps, escribo el nombre del pueblo y me quedo atónita al comprobar que se halla a más de 250 kilómetros de mi ubicación. Mejor me voy a casa y programo la visita para el sábado.

Noto la ligereza de mis pasos, fruto de la sensación de extrañeza, sorpresa y estreno que me invaden y que me hacen caminar como una bailarina. Pero, en algún tramo del camino, comprendo que, por mucho que parezca increíble o ridículo incluso, Carmen es el artífice de todo este embrollo y esa conclusión hace aparecer una sombra en mi mente.

Carmen Sarmiento era una mujer... ¿cómo la describiría? Fue la típica suegra.

Cuando su único hijo me llevó a su casa por primera vez, Doña Carmen me escrutó desde el umbral de la puerta de arriba abajo antes de darme siquiera las buenas noches. Tenía una sonrisa que, a todas luces, era falsa. Aquella velada se convirtió en una prueba de fuego para mis nervios y mi amor por Santi, porque no se pronunció ni una palabra durante toda la cena, hasta que llegó el

momento de los cafés. Yo estaba deseando hablar, que es por lo que me da cuando ando inquieta, pero peor fue el remedio que la enfermedad, porque todo ese silencio incómodo se tornó, en cuestión de segundos, en un interrogatorio de primer grado que dejaba entrever las sospechas de Carmen sobre lo que «yo buscaba en realidad»: el dinero que iba a heredar su hijo. En un par de ocasiones, supliqué cobijo en la mirada de mi novio, pero me topaba con una sonrisa misteriosa y cómplice de las preguntas de su madre.

Ya se sabe que ninguna mujer de las que escojan nuestros hijos va a ser perfecta para nosotras, pero, a raíz de aquella anécdota tan desagradable, he procurado, al menos, que a mí no se me note desdén alguno contra las chicas que Pablo me ha ido presentando, y Carla, su actual pareja, me parece realmente encantadora, aunque no perfecta. Mmmm, no, perfecta, no.

Me voy riendo para mis adentros por estas ocurrencias mientras llego al corazón de la ciudad y observo la expresión de los viandantes ante la mueca que luzco. Justo en la entrada del metro, el sonido del teléfono y la cara de mi precioso hijo me sacan del trance.

—Cheto, acabo de salir del despacho del abogado al que fuiste la semana pasada. Me ha anunciado que ¡he heredado una casa de tu abuela!

—¿De mi abuela? ¿Qué abuela?

—¿Cómo que qué abuela, Cheto? Pues Carmen, la madre de tu padre.

—Ah. ¿Y dónde está esa casa?

—Ay, no sé, en un pueblo del interior. ¿Tú tampoco la conoces? Creí que me podrías decir algo sobre ella.

—¿Yo? ¡Qué va! No tengo ni idea de ninguna casa.

—Ya, todo esto es muy raro... El sábado iré a verla, ¿quieres venir conmigo?

—El sábado tengo planes, mamá.

—Menudo interés demuestras, hijo.

—Es que...

—Es igual, ya voy yo a visitarla y te cuento. Si no está en muy

malas condiciones, iremos Carla, tú y yo más adelante, ¿te parece? Seguro que a ella sí que le entusiasma la idea.

Pablo es así, para mí siempre ha sido imposible introducirle en la cabeza una idea que le resultara atractiva de principio; un plan divertido para cualquiera es para él un solemne rollo, sobre todo si proviene de su madre, porque con los amigos y su novia es otra cosa.

Este es uno de esos momentos en los que añoro con fuerza su infancia, cuando lo llevaba y traía de aquí para allá a mi conveniencia. ¡Era tan divertido cuando me cantaba, me contaba lo que había hecho ese día en el colegio o soltaba una de esas preguntas sin respuesta fácil...!

Procuro que el resto del día transcurra en un tris. Aprovecho para ir al supermercado, buscar un libro que nunca leeré pero que he prometido comprar, cocinar, regar mis cuatro geranios de balcón y cambiar de estación el armario. Cada uno de mis movimientos intenta, de forma evidente, mantener mi mente entretenida en cosas que incluso detesto, como guisar, aunque es inútil, no puedo ni por un segundo dejar de pensar en lo que está ocurriendo y no sé cómo convencerme de que es real. Hacía tiempo que no experimentaba una intriga así (y no así, una intriga y punto). «No hay nada como una buena aventura para que se te pase la vida», recuerdo que decía mi padre. Miro el guiso que tengo delante de mí, es una amalgama de ingredientes sin gracia, que saldrá seguramente soso, como mi vida. De pronto, suelto la cuchara de madera y, en medio de una carcajada, grito:

—¡Qué bien que se me pase, por fin, la vida!

II

Luigi nos dedica una amplia sonrisa desde la cocina. Eli y yo nos sentamos en la mesa de siempre, pedimos la botella de vino de siempre y nuestro primer plato compartido de siempre. El segundo se atiene a las apetencias del momento o sugerencias del chef, también como siempre. Nuestro ritual de comensales asiduas incluye la norma no escrita de abalanzarnos sobre el tema que más nos preocupa después de los entremeses, pero esta noche nos acogemos a la excepción y, simplemente, al sentarnos a la mesa, continuamos con la conversación que mantenemos desde nuestro encuentro.

—Y dime, ¿te vas a pasar allí el sábado y el domingo? ¡Qué rabia que tenga que ir a Girona con Felipe!

—Sí, ya te veo renunciando a un fin de semana romántico, lleno de paseos a la luz de la luna y esas cosas empalagosas que os gusta hacer a los enamorados —pongo intencionadamente un punto de celos en mis palabras.

—Mira, con toda esta historia tuya, no estoy para romanticismos. De hecho, Felipe, un día de estos, me echa de su casa, ¡no hago más que hablar de ti!

—A ver si va a creer que estamos por fin liadas...

Estas bromas son habituales entre nosotras y nos hacen reír. Nos tomamos un respiro para atender las sugerencias de nuestro camarero favorito y pedirnos el segundo plato. Entonces, volvemos al tema.

—La verdad es que no sé lo que voy a hacer en ese pueblo, Eli. Iré decidiendo según lo que vaya encontrando. Por eso me llevaré

el coche, para tener la libertad de volverme en cuanto vea la ruina que me ha dejado Carmen, que de ella no puedo esperar nada bueno.

—Calla, niña —mi amiga mira hacia los lados y baja la voz—, no vaya a ser que desde la tumba nos eche una maldición. Según tú, tenía una mala leche de padre y señor nuestro.

—No te preocupes, no pasará por ahora; con lo presumida que era, lo primero que querrá hacer es recomponer su cuerpo... ¡Y solo con el trabajo de peluquería tiene para unos meses!

Nuestras carcajadas resuenan por todo el salón. Chocamos las copas y seguimos comiendo hasta que Eli vuelve a la carga.

—¿De verdad que no tenías noticias de esa casa? ¿Ni siquiera Pablo?

—¿Yo? ¡Qué val! Pablo dice que tampoco. Cuando visitaba a la abuela, siempre se quedaba en Barcelona, que yo sepa, pero el abogado dijo «la casa en la que había vivido los últimos años...». No sé, todo es muy extraño. Estoy deseando que llegue el sábado y verla, aunque también me da miedo llevarme una decepción muy grande y que sea un caserón oscuro, lleno de telarañas o a punto del derrumbe, con espíritus rondando por sus interminables pasillos y en un pueblo aterrorizado por los gritos que se oyen en la noche... —mi vena de guionista de terror sale a relucir y casi veo la escena en pantalla de cine.

—Marta, si ha sido su casa los últimos años, no puede ser nada de lo que dices.

—En eso tienes razón, ella era muy pulcra. Bueno, quita las telarañas, pero no los gritos del pueblo —reímos de nuevo.

—De verdad, ojalá pudiera ir contigo. Si no fuera porque Felipe tiene hecha la reserva desde hace semanas...

Eli es mi mejor amiga, mi «más-más»: es más guapa, más inteligente, más entusiasta, más suspicaz, más optimista y más loca que yo. Nos conocemos desde la universidad y lo nuestro fue el típico flechazo de «amistad a primera vista». La comodidad y complicidad que hemos sentido siempre la una junto a la otra me ha propor-

cionado, en mis devaneos existenciales, una seguridad impagable. Es un trasto caótico que bebe más de la cuenta y cuyas parejas no le duran ni dos años seguidos, pero la adoro, y sin ella no hubiera sido capaz de afrontar las tristezas de mi pasado ni hubiera tenido la oportunidad de comprobar las agujetas que produce media hora de risa. Es como una hermana para mí y estoy orgullosa de por fin hacerla partícipe de algo interesante para que ella lo convierta en el acontecimiento del siglo. Además, su personalidad me viene de perlas para aclarar todo este misterio: su descaro, para sacar información de quien lo necesite; su perspicacia, para ver las cosas desde otro punto de vista; y su locura, para vivir esta aventura intensamente. No podía estar mejor acompañada.

III

Paso la noche inquieta, dando vueltas en la cama, levantándome y volviéndome a tumbar, con sobresaltos cuando estoy a punto de caer dormida... Cuando suena el despertador, casi lo estampo contra la pared, no puedo mover un ápice mi cuerpo y solo pienso en la «maravillosa» jornada que tengo por delante en un trabajo que he querido dejar innumerables veces, pero que, por culpa de las circunstancias, me ha visto envejecer.

Sí, soy de esas personas que siempre han ocupado el mismo puesto en la misma empresa durante toda su vida laboral. Hoy día es difícil encontrarlas, lo sé, pero existen, así que casi me considero, en ese sentido, un espécimen raro, digno de estudio.

Acepté la primera oferta que me hicieron en la también primera entrevista de trabajo que tuve tras salir de la Facultad de Filología. Se trataba de un puesto de correctora de textos en una editorial técnica. Me consideraba entonces una chica muy afortunada, ya que no había tenido que peregrinar por miles de empresas reuniendo portazos, pero cuando llevaba no más de dos semanas instalada en mi nueva vida, me prometí a mí misma que pronto buscaría otra cosa, que ese trabajo aburrido, monótono y nada satisfactorio sería definitivamente temporal. Lo malo es que la sensación de independencia que mensualmente me trasladaba mi cuenta bancaria de titularidad única hizo que dilatara una y otra vez la decisión de irme de la editorial.

Cuando conocí a Santi, presumía de chica moderna que podía permitirse cualquier capricho y eso me encantaba. Poco antes

de casarnos, hablamos de la posibilidad de buscar otra ocupación para mí (nunca contemplé la opción de quedarme en casa), pero él me convenció de que tanto el sueldo como el horario eran muy decentes para lo que ofrecía el mercado en ese momento y que se trataba de una profesión que hacía buena pareja con su trabajo en un bufete de abogados de renombre. Nunca comprendí ese razonamiento, pero sucumbí a sus deseos.

Enseguida llegó Pablo a nuestras vidas y no me apetecía comenzar de cero, estaba demasiado cansada para introducir otras novedades en mi día a día.

Al cabo de solo tres años, descubro (bueno, me lo cuenta él mismo) que Santi tiene un romance con una del despacho y lo echo de casa por típico. Tampoco era momento de plantearme un cambio de profesión, sobre todo teniendo en cuenta lo bien que se portó Joan conmigo, ya que me enviaba la mayoría de los días el trabajo a casa para hacerme la vida más fácil.

Creo que por agradecimiento más que otra cosa, la idea de cambiar de empresa se fue desvaneciendo poco a poco desde entonces (aunque aún tengo crisis cada cierto tiempo del tipo «¿qué estoy haciendo con mi vida?»), y ahora, con 50 años que estoy a punto de cumplir, ¿dónde voy a ir?

Y así se construye una vida como la mía, de espécimen raro y soberanamente anodino, como mi trabajo.

Esta mañana, Joan no está de humor. Hace demasiado tiempo que nos conocemos como para no darme cuenta desde lejos y sé perfectamente lo que tengo que hacer en estos casos, así que me asomo a su despacho, le digo que he heredado una casa en un pueblo y continúo hasta mi sitio a la espera de que, en unos 15 minutos (tiempo suficiente para que se le pase la «enorme ofuscación que lo consume», como diría él), me acose a preguntas.

Sé que me ve como una mujer demasiado adulta y desgraciada, que vive sola en un apartamento mediocre, con una existencia banal... Soy digna de su lástima. La verdad es que ha vivido conmigo muchas cosas tristes como para no tener esa idea, no puedo refu-

tarlo, pero me enrabia pensar que el tipo de empresa que dirige y el trabajo que me ofrece tiene mucha influencia en esa imagen que hasta yo tengo de mí misma.

Todos estos años hemos mantenido una relación parecida a la de un matrimonio, discutiendo constantemente, pero también alegrándonos de nuestros éxitos (pocos, en mi caso) y consolándonos en los fracasos. Me he sentido cuidada continuamente, tanto por él como por su mujer, y ambos se han preocupado por mí con cariño e incluso se han encargado alguna vez de organizarme una cita a ciegas; porque esa es otra, en todo el tiempo que ha pasado desde que me divorcié de Santi, hace ya la friolera de 23 años, solo he tenido un par de escarceos con otro par de hombres. Y que conste que digo «par» literalmente, porque no han llegado ni a tres: el primero, Julià, cliente de la editorial, solo quería una rebaja en la factura y creía, miserablemente, que iba a conseguirla si se acostaba conmigo. Al final, no mereció otra cosa que pasar a engrosar en «uno» mi lista de ligues fracasados y, con rabia, miré hacia otro lado. Al tiempo, conocí a Quim y este sí que dolió porque, aparte de guapísimo, cultísimo, encantador, romántico y divertido..., estaba casado. Después de unos días de ensueño y con todo el dolor de mi corazón, lo aparté de mi lado en silencio. No estaba dispuesta a representar un rol con el que me sentía tan incómoda. La broma me costó una semana de llanto incontrolado.

Joan no deja pasar ni esos 15 minutos de rigor entre sus diferentes estados de ánimo. Viene hacia mí, me coge de la mano, me lleva a su despacho, me sienta, cierra la puerta, ocupa una silla a mi lado, me toca tres veces en el hombro (yo me hago la despistada, como si no pasara nada) y grita muy cerca de mi cara:

—¡¿Quéééééééé?!

No podemos evitar soltar una carcajada, nos encanta el teatro.

Cuando puedo recuperar el aliento, le resumo el caso. A estas alturas, ya todo me parece una broma graciosa del destino, así que no paro de introducir ironías y risitas en mi relato. Al final, le anuncio que mañana voy a conocerla. También le expreso mis dudas

al respecto de lo que me voy a encontrar, sobre todo teniendo en cuenta el papel casi nulo que mi exsuegra ha tenido en mi vida.

Joan se queda pensativo y, supongo que refiriéndose también a la suya, dice solemnemente:

—Con las suegras, nunca se sabe, Marta.

—Y que lo digas...

—Bueno, seguro que un buen dinerillo podrás sacar de la venta.

—¿Venderla? ¡Es verdad! No sé por qué, pienso en ella como algo que me han endosado y eso de venderla no es mala idea —hago una pausa—. De momento, estos días me los tomaré como una excursión a un lugar que ni siquiera he escogido yo... ¡Qué triste es mi vida, Joan!

Volvemos a reír porque he soltado una expresión que, en broma, utiliza él contra mí cuando le planteo alguna de mis quejas.

—Anda, llévate lo que estés haciendo y entrégamelo el lunes o el martes. Tienes unas ojeras esta mañana...

—Oh, gracias, tú también estás muy guapo —pongo un tono fastidioso, pero en verdad me siento agradecida.

—Lo sé...

Reúno mis cosas y me voy a casa saludando alegremente a mis compañeros. Nada más llegar, me tumbo en el sofá y duermo una siesta reparadora de más de dos horas. Cuando abro los ojos, paso un buen rato mirando al techo. Estoy lo suficientemente descansada como para no necesitar más reposo hasta la noche y no tengo ningunas ganas de ponerme a trabajar, así que decido que podría dar por comenzado mi fin de semana en este mismo instante.

Acto seguido, alcanzo mi maleta de viaje, meto cuatro prendas mal contadas, engullo el resto del guiso de ayer, friego los cacharros, acudo a mis zapatillas de caminar y me enfundo una camiseta cómoda; organizo el bolso, me hago un café y lo encierro en un pequeño termo; finalizo mi equipaje, me echo la chaqueta al brazo y me voy sin mirar atrás.

Una vez acomodada en el coche y con el cinturón abrochado, escribo el nombre del pueblo en mi aplicación y arranco rumbo a

satisfacer, de una vez por todas, la curiosidad que me despierta esa maldita casa de Carmen (ahora mía).

IV

El trayecto parece un muestrario de todos los tipos de carreteras que existen en nuestro país: autopista, autovía, nacional, comarcal y camino de cabras. El último tramo se compone de nada menos que 20 kilómetros de vueltas y vueltas, derecha e izquierda, una vía de tierra, una cuesta pronunciada, un paso por un puente centenario en el que, a duras penas, entran tres personas del brazo, y una entrada sosa y vulgar a un pueblo que parece, *a priori*, estar compuesto por un ayuntamiento, una iglesia, un bar, una casa en desuso y una triste fuente de grifo.

Todo ello contribuye a afianzar en mi cabeza la idea de que lo mejor que puedo hacer es mirar la propiedad rápidamente, echarle cuatro fotos para ponerla a la venta e irme, como mínimo, a la ciudad más cercana a pasar la noche, más que nada para aprovechar el viaje. Así que, después de aparcar en una calle cualquiera, me acerco a la construcción que luce sendos desconchones en la pared y tres ventanas rotas y comienzo un forcejeo con la cerradura que casi me hace perder la paciencia y la compostura.

Me paro un momento a pensar: o el engominado don Anselmo se ha equivocado de llavero o yo no estoy en el lugar correcto. Busco en mi bolso el sobre con la dirección y, efectivamente, esta no es la plaza del Ayuntamiento 8, sino 11. Miro a un lado y a otro para comprobar que el ridículo no ha sido del todo espantoso, me aproximo al centro de la maldita plazuela, me aseguro de que la fachada de la que cuelgan tres banderas pertenece a la casa consistorial y doy una vuelta sobre mí misma.

El espacio se ensancha y «elegantiza» a medida que voy girando. Las piedras góticas de la iglesia, con su sobriedad y robustez, le quita definitivamente protagonismo a la estética del edificio político. Empiezo a comprender que mi primera impresión del pueblo ha sido un tanto apresurada mientras continuo buscando; en algún lugar tiene que estar ese número 8.

Mi mirada se para en un atractivo frontis de piedra de tres plantas que parece sonreírme. Forma un rostro bien perfilado con un flequillo a modo de tejado, una mirada cíclope con alféizar y contraventanas y una boca de tribuna acristalada con filigranas de colores. Viste una camisa gris de roca trabajada y luce una preciosa corbata de portalón de madera. Todo el conjunto tiene una expresión que me invita a acercarme.

Rezo para que sea la susodicha, pero el único número que veo es un «1812», situado por encima de la madera oscura del zaguán dentro de un óvalo grabado en la piedra. Investigo los portales adyacentes, a derecha e izquierda, y por fin compruebo que el más próximo es el número 6 y más allá se encuentra el 4. No hay duda, estoy frente a «mi» casa.

Selecciono para la ocasión la llave más pesada que me dio el abogado y esta vez se desliza suavemente en el agujero y me permite que le dé dos vueltas sin causar problemas. La saco y, en un gesto solemne, empujo con firmeza.

El portalón se desliza por un riel de metal y desaparece de mi vista. Se pega a la pared de la derecha y deja al descubierto una hermosísima escalera de barandales de madera labrada. Tras unos segundos, comprendo que estos portales abiertos conforman la imagen de los típicos pueblos que todos tenemos en la mente.

Recuerdo que alguna vez he leído sobre la función de estos espacios tan amplios en las casas rurales y su relación con el ganado que, antiguamente, dormía bajo las estancias de la familia. Quizá este sea el caso y, a pesar de las reformas que haya sufrido durante los más, según consta en la piedra, de dos siglos de existencia, hayan decidido siempre mantener su entrada original.

Detrás de la escalera hay una zona acristalada pero opaca, y pienso que seguramente me toparé con un salón. Abro y lo que encuentro es un patio cargado de flores por todas partes, incluso colgando de las paredes, y un pozo de piedra en medio, epicentro de tal explosión de belleza. Mi boca se abre y mis ojos se humedecen. Las plantas son una de mis debilidades más sensibleras. Me distraigo unos minutos observando los diferentes verdes que se agolpan en mi mirada y descubro que el pozo irradia unos estrechos caminos formando lo que parece ser una rosa de los vientos. Al avanzar, me enredo en unas varas blancas y azules que reconozco como agapantos y casi puedo sentir la risa de las clavellinas colgantes, a las que divierte mi torpeza. Huele a tierra húmeda y primavera y mi cuerpo se relaja al instante en este entorno. No puedo ni imaginar la de horas que podría pasarme aquí y me ilusiona la idea de disfrutarlo más tarde.

Vuelvo sobre mis pasos sin perder un detalle del paisaje y soy consciente de la admiración que ha brotado en mi expresión. Entonces, levanto la cabeza para perderme en el fondo de la escalera del zaguán. Respiro hondo y acciono mis piernas despacio. Me dejo llevar por una sensación que ninguno de mis sentidos sabe dónde colocar. Lo desconocido siempre da un poco de miedo, pero esta entrada ha abierto definitivamente mi hambre por conocer todos y cada uno de los rincones de esta misteriosa pero hermosísima construcción.

Los escalones mueren ante una puerta que cede suavemente a la presión de otra de mis llaves. Al entrar, me recibe un gran ventanal que repite, desde arriba, el espectáculo floral que me ha embargado hace unos momentos. Cuando vuelvo la cabeza, se abre ante mí un salón enorme (sobre todo, si lo comparo con el mío). La luz de las primeras horas de la tarde hace que todo resplandezca y yo me siento inmersa en la foto de portada de una revista especializada en decoración. En su centro se sitúa, majestuosa, una mesa robusta rodeada por seis sillas delicadamente tapizadas. Un tresillo clásico la acompaña, con una chimenea, una mesa de centro y una

alfombra que esparce un estilo rústico exquisito por toda la estancia, haciéndola infinitamente acogedora. Tres puertas alineadas completan la visión. La más próxima, entreabierta, deja vislumbrar la cocina. Es evidente que esta casa ha sido cuidada hasta el último de sus detalles, porque incluso hay flores frescas en un jarrón. Me siento un poco rara en esta... Espera, ¿frescas? Carmen hace ya más de una semana que ha pasado a mejor vida. Aquí, o vive otra persona o alguien la mantiene limpia y ordenada.

Me acerco a la mesa reina para asomarme por la ventana y entonces descubro el refugio de otra mesita mucho más pequeña y baja, cuyo único adorno consiste en una foto enmarcada. Junto a ella, una mecedora y varios cojines de flores le dan la bienvenida a mi mirada, que no puede cerrarse de la satisfacción. El conjunto ocupa todo el espacio ovalado de la tribuna y pareciera ser el escenario perfecto para pasar largas jornadas viendo pasar la vida del pueblo.

La imagen que encuadra el hemicycle acristalado, la plaza de la villa, parece resaltar la competencia que se hacen las dos fachadas principales, la del Ayuntamiento y la de la iglesia, aunque la sobriedad y elegancia de esta última muestra su ganancia en puntos. Un amplio entramado de jardines ocupa el espacio central en forma de glorieta, entre los cuales se saludan diferentes vecinos, amparados por el aroma de las rosas grandes y blancas que han florecido temprano.

Dejo las charlas silenciosas de los lugareños para seguir inspeccionando el espacio que he dejado a mis espaldas.

Compruebo que la única habitación de esta planta, por su sencillez, recuerda a una celda de convento, que hay un baño remodelado hace poco y que la cocina es funcional, moderna y está bien equipada. Al fondo, una cortina de palitos de madera oculta una despensa cargada, de arriba abajo, de latas, cajas, paquetes y enseres de la casa.

Mi interés se centra ahora en el segundo piso y no me defrauda porque el espectáculo que encuentro casi no me deja respirar. La escalera me abandona en una galería que recorre toda la fachada posterior. Tras sus cristales y desde esta altura, los caminos de la

rosa de los vientos se visualizan perfectamente, así como el orden estético de todo el jardín de macetas. Una librería totalmente abarrotada tapiza la pared del corredor. Los títulos lucen diferentes colores, aunque prevalecen los cueros marrones. Al fondo, un par de sillones, una lámpara de pie y una mesa completan esta estampa soñada. «Lo que yo diga, de revista», pienso en voz alta y río de pura fascinación. Mi primera intención es acariciar todos y cada uno de los lomos, pero me retengo para dar prioridad a la visita completa del edificio. «Esta biblioteca hay que tomársela con tranquilidad, Marta», me exijo a mí misma.

Un distribuidor me ofrece cuatro puertas cerradas que me recuerdan, por un momento, una pesadilla repetitiva que tenía en la adolescencia, así que me siento empujada a dejar el descubrimiento de este espacio para más tarde.

La última escalera se emancipa en forma y tamaño de sus predecesoras para convertirse en una serie de peldaños sencillos y estrechos, sin pasamanos, cuyo hueco se aprovecha para más estanterías con libros y otros adornos. Me aventuro a descubrir lo que esconde el último piso, que, por el tejado que corona la fachada, intuyo que podría tratarse de una buhardilla. Pero una cerradura me impide el paso. Acudo rápidamente al llavero que no me he atrevido a soltar y busco la clave para derrumbar el obstáculo, pero ninguna de las piezas encaja. Desisto de momento, pensando que la llave adecuada debe estar en algún cajón. Luego me río para mis adentros, porque me estoy divirtiendo como una niña en un juego de escapismo en el que las pistas me llevarán a la salida, solo que, en este caso, la recompensa por descubrir los enigmas escondidos es la propia casa.

A medio tramo de bajada, escucho una voz:

—¿Hola?

—¿Sí? —acelero el paso para salir a su encuentro.

—Hola, soy Ana.

—Ay, hola, yo soy Mm...

—¿Se va a quedar a vivir aquí?

—... arta. ¿Cómo?

—¿Que si se va a quedar con la casa, a vivir aquí?

—Em, pues no sé, acabo de llegar. ¿Quién es usted?

—Soy Ana. Era vecina de su suegra.

—Ah, bien, ya sabe quién soy. Pues en verdad, Ana, estoy un poco confusa, no sé por qué Carmen me ha dej...

—¿Quiere un café o un té o algo? —me da la espalda para dirigirse a la cocina. Yo la persigo.

—No, no, no se moleste.

—No es molestia —ahora se coloca frente a mí de nuevo para darme instrucciones—. He regado las plantas a primera hora de la mañana, pero ya va haciendo calor y algunas necesitan agua dos veces al día. Venía a darle un repaso a las habitaciones de arriba, todo se llena de polvo estando cerrado. ¿Qué dormitorio va a escoger? El de aquí es muy sencillo, pero práctico —señala el salón—. El de arriba, el principal, es el más grande. ¿Lo ha visto ya? Es precioso, la tercera puerta según sube. ¿Dónde está su equipaje? —mira alrededor buscando, supongo, mi maleta sin saber que aún permanece en el coche—. Aquí no necesitará mucha ropa, no hay gran cosa que hacer en el pueblo, pero seguro que le gustará visitar los alrededores. ¿Quiere que le cuelgue la ropa? También se la puedo lavar y planchar si lo necesita, así no se entretiene en esas cosas y a mí no me importa meterlo en mis quehaceres. A Carmen le gusta...

La mujer, pequeña y redonda, con las manos cogidas y apretadas sobre su vientre que, a su vez, está parapetado con un delantal blanquísimo, calculo que rondará la edad de mi suegra, aunque es difícil de saber dada la agilidad de sus gestos y la tersura de su rostro. Deja la última frase inconclusa, mientras mira fijamente la foto sobre la mesita. Yo abro los ojos. Por una parte, creo que ha entrado en un estado catatónico, pero por otra, me alegro de su silencio, no me dejaba pensar.

Está claro que es ella la que cuida de la casa y, por su forma de dirigirse a mí, cobra por ello. Será una especie de ama de llaves o señora de la limpieza de mi suegra, además de vecina, claro. Seguro que, estando Carmen aquí, le hacía poner hasta cofia a la buena señora.

—¿Usted cuida de la casa? —comienzo mis indagaciones.

—Ah, sí, sí —sale de su ensoñación para mi alivio.

—¿Y cuánto le pagaba Carmen? —al momento de soltar la pregunta, me parece impertinente, aunque no sé muy bien por qué—. Quiero decir... —creo que es demasiado tarde para enmendar mi brusquedad.

—¿Cobrar...? —su mirada me escruta de arriba abajo con un gesto que claramente imita al de desprecio de mi exsuegra.

—Me refiero a si...

—Tampoco está tan mal la casa —me interrumpe—, ya volveré en otro momento —y me da la espalda con un gesto exagerado de dignidad para luego caminar hacia la salida.

—Pero... —intento detenerla, lo que menos quiero es ofenderla.

—Buenas tardes, doña Marta —su voz la escucho mientras desaparece por las escaleras.

—Pues nada, buenas tardes.

Miro el llavero con un nudo de error en el estómago y la convicción de que estaría mejor en mi casa en este momento, idea que se desvanece en el instante en el que lo suelto en una especie de frutero que reposa sobre la mesa de salón. Luego me siento en la mecedora. La tarde va cayendo en este pueblo desconocido para mí y por la plaza deambulan, de un lado a otro, rostros que no tienen huella en mi existencia. Aun así, la imagen me parece perfecta, como una ilustración sacada de una postal antigua y enmarcada con esmero, como esta foto de la mesita. La fachada del Ayuntamiento ilumina ahora, con dos focos sencillos, las nuevas conversaciones de algunos vecinos que, al descubrirme, me señalan con un leve gesto de sus cabezas. Me hago consciente de que voy a ser la novedad de los lugareños este fin de semana y eso me pone un poco nerviosa dada mi timidez, pero también lo comprendo, y hace que un hilillo de orgullo se abra paso en mi cuerpo.

